

Ricardo Elizondo Elizondo

*LA BOTELLA VERDE*

Monterrey, NL

2008

© Ricardo Elizondo Elizondo

*Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra sin previa autorización escrita  
por parte de su autor*

# La Botella Verde

Ricardo Elizondo Elizondo

El caserío, escondido en un rincón aislado del inmenso desierto, poco a poco se fue despoblando. Primero se fueron los hombres, los de piernas duras y brazos fuertes. Hacía tantísimos años salieron alborotados porque iban a pelear por la tierra, Bonita la cosa, si aquí la tierra nadie la pelea, quién quería lomas secas y pelonas, ensalitradas llanuras quemadas por un sol más fuerte que dolor de muelas. Los pocos que regresaban, se iban de nuevo a la semana con bártulos, mujeres e hijos. Fue la época de la hambruna. Sin espaldas que cargaran la piedra cal y los cristales de alumbre, las carretas que venían lastradas de alimentos desde más allá de la laguna seca y regresaban atoradas de piedras por el mismo camino, dejaron de hacer su viaje. Por aquellos días fue tanta la necesidad, que los ancianos tuvieron que recordar costumbres indias, tan viejas y olvidadas que casi las inventaron. Aprendieron entonces a comer las gruesas raíces de arbustos que al aire no llegaban a la rodilla, tendieron trampas para serpientes y ratones de covacha, y un día que los trashijados niños tenían la mirada más triste que nunca, las mujeres se juntaron y mataron una mula rejega que andaba suelta por la cañada. A partir de entonces las más precavidas sembraron calabaza y frijoles, haciendo coberturas de qurote y albarda para proteger las plantas del sol endemoniado.

Ahí nació, no sabía dónde ni cuándo, pero ahí nació. Lo más que recordaba es que fue la séptima de los hermanos y la segunda de las mujeres que a su madre se le logró. Creció fregándose el lomo rompiendo el maíz en el metate. Tenía los hombros duros, como de hombre, se le habían hecho de cargar las tinajas con agua, lo mismo los chamorros y el pie tallado. Era fuerte como caballo, podía caminar horas y horas envuelta la cabeza y cubierta la boca. De las más valientes, si fuera necesario iba sola hasta la última loma, tan lejana que no se veía, pero ahí

estaba. Desde niña se acostumbró a la muerte y al silencio, había visto secarse muchas vidas, de niños más que de otras. A veces, en el mediodía ardiente, enceguecida por el sol se preguntaba qué habría más allá del espejo maldito de los arenales. También a veces cuestionaba a los carretoneros. Siempre le decían lo mismo, más allá de los arenales siguen mantos de gobernadora y después más arenales. Ellos sólo conocían hasta la estación del tren, pero sabían, por pláticas, que a muchas horas de camino y de sed, había un lugar donde todo era verde y llovía todos los días. Le costaba creerlo. Un hombre de aquellos le regaló una botella de vidrio verde, el más maravilloso regalo de su infancia. La guardaba envuelta en un trapo limpio y todos los días, con ella a los ojos, se paraba frente a la secazón reverberante para verla toda de verde.

Pronto creció, siempre esperando la lluvia, siempre jalando muy duro. A los doce años ya sabía cómo criar un niño y qué hacer para no ser carga en la familia. A los catorce se dio cuenta que él existía y a los quince se amancebó. Su hombre era tonto, más tonto que una gallina asoleada, pero lo quería, y lo quería bien.

Una mañana de ventolera, poco después del nacimiento de su hijo, recién llegados los carretes empezó el alborotamiento. Los hombres de allende la secazón traían noticias de guerra, cuchillo, grito y caballo. Que había pelea grande, que se estaban juntando los hombres y había pasaje libre en el tren, que el pleito era bueno, había comida y paga seguido, sin contar con el pillaje y las albricias, porque la verdad sea dicha, el que gana la cabra es dueño del cabrito. Con las promesas a los caleros se les iluminó mansamente la mirada, –pa' comprarte una tela bonita, para eso quiero ir, terca y dura como piedra bola la mujer miraba el suelo– después en el aire se juntaron, unos a otros se apoyaron y al día siguiente junto con los carretes partieron los primeros, al atardecer los segundos y al tercer día los que quedaban. En dos noches el poblado quedó sin maridos y sin hermanos. Habían dicho que pronto volvían, antes que se te acabe el costal de maíz, pero no lo cumplieron. Pasaron las semanas y empezó la

angustia. El hambre andaba suelta rondando por el lomerío, la muy traidora se metía por las noches entre las casuchas haciendo que los niños pidieran más y jugaran menos, y hasta en la mirada inquieta de los ancianos y en la cara marchita y atormentada de las mujeres se dibujaba. Reseco fantasma torcido raíz de mezquite vete muy lejos. Pero el hambre se reía y rumbera bailaba todo el día su danza de muerte. La única esperanza eran los carretones, que vinieran por el alumbre, que les trajeran alimentos. Las manos válidas se fueron a juntar la piedra mientras los ojos en vano oteaban el horizonte. Continuaron juntando los cristales relumbrosos y la piedra blanca hasta que encontraron a la vieja hambrienta, acunada y cantando en el fondo vacío del cesto de frijoles; entonces cambiaron las peñas salitrosas por los mantos de yerbajos y gobernadora. Vehementes, con un machete y la soledad que les aplanaba el vientre, empezaron a rasguñar todo lo que fuera comible. Probaron de cuanto había, los ancianos primero. Las ratas, nudos de cordeles y secazón, los sustentaron por meses, mientras, raquíficamente, se volvían agricultores.

Casi un año después llegó uno de los arrastrados por la revolución, venía estragado, enflaquecido y sin nada bueno. Contó que aquello no había sido lo que esperaban, que los habían subido a un tren y por días viajaron, que una tarde y sin aviso, muchos hombres de a caballo detuvieron la máquina, que todo fue confusión, que los que pudieron saltaron del tren y se metieron corriendo por entre los magueyes y nopales, esos se salvaron de las balas, pero quién sabe si del desierto. Muchos nos quedamos calladitos dentro de los carretes, grandes como tres jacales juntos, fue lo mejor, porque los de a caballo nos preguntaron que si oponíamos resistencia, que con qué general nos movíamos, que por quién peleábamos, y la verdad es que no sabíamos nada, queremos tortillas y frijoles y si se puede algún ahorrito pa' la vieja y los muchachos. Nos pusieron con las patas abiertas entre los rieles y ahí nos tuvieron mucho rato, hasta que llegó uno más importante en un caballote. Desde que lo vimos de al tiritito se nos figuró que era el mero jefe, se nos quedó viendo y de repente le aventó su carabina a uno y

el zonzo la agarró por el fierro y el hombrón se soltó riendo y nos gritó que éramos unos anacuas y que ya podíamos cerrar las patas. Ya casi de noche nos subieron al tren y por la madrugada llegamos donde estaban las mujeres y comida caliente...

Toda la noche se pasó contando mientras las mujeres y viejos del poblacho de cal y alumbre se lo bebían con los ojos, ansiosos de más noticias. Por acuerdo ninguno interrumpió, mejor no preguntar, a lo mejor el muy endino se equivoca y de un manotazo apaga la linternita esperanzada. Pero el ansia se sorbió los mocos y una viejita escupió muy fuerte y mis tres caballos broncos dónde están. Entonces sí se soltó la tolvana de preguntas tupidas como tormenta de polvo, al tiempo que la tristeza y el llanto les iba empantanando las orejas de zumbidos. Ella no preguntó, pero de referencia se lo dijeron. Ya lo imaginaba, era tan tonto. Como sombra de pajarote se levantó, con el hijo flaco y dormido entre los brazos se sentó a la puerta de su jacal y se sobó los talones, resecos y sonoros cuando su mano los tallaba.

Los carretones ya nunca volvieron y muy pocos de sus hombres lo hicieron. Llegaban contando muchas cosas que a ella, desde que supo lo de su hombre, le sonaban a lo mismo. Trabajaba desde antes que saliera el sol, le hizo el agujero más hondo a la noria, su hijo, chiquito, desde arriba, con un mecate trenzado por ellos, sacaba arenisca remojada en una cubeta, cascarón de tortuga. Una vez, buscando un panal de moscos, encontró una coneja con su camada. En lugar de matarlos los crió, de puro milagro se lograron. Después fue más fácil, con la caca de perros y conejos fertilizó la parcelita cultivable, la rodeó de arbustos espinosos y resistentes para protegerla del viento arrastradamente caliente. Ahí sembró maíz, calabaza y frijol, y con hierba y nopal sancochado alimentó a los conejos. A vuelta de años tenía suficiente para regalar o cambiar. Ella quería una gallina, pero el único que las poseía no quería cambiar ninguna y hasta las tenía dentro del jacal para mejor cuidarlas. Al fin, después de mucho insistir, el viejito le cambió

un pollito y una pollita por cuatro conejos, dos calabazas y un cesto mediano de frijoles limpios. Le habían costado tan caros que durante meses descuidó la parcela con tal de vigilarlos, mandaba a su hijo a los mantos de gobernadora a buscar gusanos blancos y mariposas grises, y hasta que no vio los pollos grandes y vigorosos, les dejó de hervir el agua que tomaban.

Mientras vivía sumerja en el trabajo constante, el poblado fue quedándose solo. Al principio ni le importaba ni ponía atención. Que vino y mañana se va con su mujer y los chamacos, que la abuela no quiere irse porque a lo mejor se muere en el camino, que junto se van a ir las hermanas que viven solas. Qué nos importan a nosotros los demás, no tenemos a nadie en ningún lado, mientras estemos fuertes hijo, no faltará comida. Pero se dio cuenta que su hijo tenía una lucecita en la mirada y su misma curiosidad valiente cuando de niña miraba los carretoneros, o cuando aplastaba con una piedra grande la cabeza de una víbora. Tenía miedo, mucho miedo y no tenía religión porque nunca se la enseñaron. Su hijo era silente como el padre, pero no era tonto, no, no era nada tonto. Cómo iba a serlo si a fuerza de puro pensar ideó los canalitos para regar la tierra y gracias a él tenían moscos propios que les daban miel todo el año. Por eso tenía miedo, miedo a que también se alborotara y se fuera, era lo único que tenía, pero no voy a detenerlo, si acaso quiere que vuele lejos, aunque me seque trabajando sola, qué tanto habrá detrás de la última loma seca.

Una noche que estaban ella y su hijo sentados en el patio jugando a los escondites imaginarios, oyeron fuertes gritos de mujeres, como de llanto, como de risa. Lo primero que pensaron fue que alguno de los viejos había fallecido, sin mucha prisa buscaron con los oídos la dirección. Gran sorpresa, a la luz del sebo de candelilla, dos pantalones y dos camisas tan bellas y coloridas como jamás las hubieran imaginado. Alrededor de estas ropas a todas luces desconocidas, el pueblo entero revoloteaba, eran tan pocos, que juntos todos cabían en un jacal. Rápido reconoció a los visitantes. Uno era su hermano, nunca tuvieron noticias de

él y como nada supieron, lo dieron por muerto. Resulta que los dos que llegaron, antes que terminara la pelea, se fueron muy lejos, decían que para el norte, allá trabajaron con una señora muy blanca con los ojos como tu botella verde. Por los cuerpos les fue muy bien, estaban gruesos y cachetones, no como los que regresaron de la lucha. Tanto le gustó la camisa que te la doy para el muchacho y para ti estos lentes, para que sigas viendo lo amarillo, verde. Traían dos bolsas grandes con mucha ropa, a todos les dieron algo. Esa noche pues no durmieron, tanto contaron que ella sintió mareos y mejor se fue, mató un conejo, con hierbas de perfume antiguo lo sazonó, y hervido con agua y sal lo puso en su mejor plato, uno despostillado y opaco. Lo presentó a los recién llegados como lo mejor de ella y de todo el poblajo de tierra ensalitrada.

Los visitantes estuvieron dos semanas. Si supiera cosas del mundo les hubiera dado el calificativo que en vano buscaba y rebuscaba en su minúscula colección de adjetivos. Parecían evangelistas, pregonaban de cosas buenas de tierra lejana y echaban pestes y vociferaciones del punto maldito en que nacieron. Lo que tanto temía la mujer llegó y llegó como una hoguera sorda que llenaba los ojos de su hijo ahora diferente. Muchas veces, aquellos días, lo pescó mirándola con temor quemante, y aunque sabía lo que él pensaba, lo que él quería, sacaba distracción para no encontrarlo. Una tarde –todo en orden, lo por hacer ya hecho– en lugar de quedarse como tantas veces en lo fresco de su jacal, se inventó que había que ponerle una hilera más a la cerca de piedra, preferible esto a que él me lo diga. Pero el muchacho estaba decidido, esperó una hora viendo a su madre recortada como visión temblorosa, nadando entre las bocanadas de luz ardiente que venían del desierto, fue la hora más terrible de su desazón y angustia. Ella lo sabía, sentía una piedra inmensa suspendida en la boca del estómago, no quería mirar a su jacal, no quería pensar ya más. Como mula enterquecida y azonzada, cargaba de más pedruscos resquebrajados en el cesto hechizo que colgaba del hombro. En un momento en que llegó a la barda, de espaldas siempre a su jacal, sintió los brazos del hijo que la apretaban fuerte y su llanto limpio sobre la nuca, entonces

ya no pudo más y se reveló violenta contra el sentimiento que guardaba, sentimiento de perra podrida, engusanada y egoísta. Sus entrañas se abrieron de nuevo para vaciar los puños de bondad que traían dentro, y en medio del sol desquiciante que era el pacto estúpido de su tierra desolada y estragada, le dio su comprensión de mujer pródiga.

Una vez más vio cómo los hombres marchaban rumbo a las vías del tren. Ella le dio un saquito lleno de piedras bonitas del desierto, y no le habló, porque la sangre entera se le cuajó en la boca. Asombrado y tímido se subió al tren. Además de lo que traía puesto, todo regalo del tío al que acompañaba, sólo cargaba un lienzo doblado en forma de botija, dentro; maíz hervido, seco y molido, galletas de frijol con miel, trozos gruesos de sal mineral, pedacitos de biznaga para el dolor y el saquito de piedras bonitas. Como desconocía el movimiento ajeno a sus piernas, dos días vivió un infierno de mareos sin final. Le aconsejaron que mirara lejos, lo más lejos que pudiera, pero sus ojos, acostumbrados a mirar bajo –sólo así el viento y el sol no los ardían– tercios volvían al vértigo de nopaleras y pedruscos que pasaban veloces y le torcían las órbitas y le volvían el estómago. Por fin, el desvencijado movimiento de tablas y fierros formó parte de su carne y el estómago se acostumbró a recibir los alimentos en el temblor constante. Una madrugada sintió que el armatoste rechinaba, poquito atrás poquito adelante, de nuevo atrás de nuevo adelante, asustado por que aquello se detenía, despertó al tío. Habían llegado.

Cuántas casas, cuánta gente, cuántas cosas que en su mente no tenían nombre. De asombro en asombro ni se percató que no era el final. Cruzaron a pie un puente largo de piedra, madera y fierro, entonces sí fue el acabose. Hacía un rato veía cosas que no conocía ni les sabía el nombre, pero cuando menos entendía algo de lo que las gentes decían, ahora ni eso. Los hombres hablaban como imitando el chocar de cuchillos o de platos. Al temblor de llevar el tren adentro se unió un temblor de miedo y la serpiente de sus intestinos revolviéndose inquieta y

un nido de moscos zumbándole del estómago a la cabeza. Junto a otros parecidos a ellos pasaron a un corralón grande lleno de bancas y de hombres igualmente parecidos.

Ahí estuvieron hasta que vinieron los de la contrata, la aplicación decía el tío; no digas mentiras, si te preguntan qué sabes hacer les enseñas las manos, te van a encuerar y después te van a mojar con un aire apestoso, cuando lo hagan, aunque te sientas ardido alégrate, porque sólo a los humeados los dejan pasar; te van a revisar por detrás y también el pedacito de carne, la cabeza, los sobacos y la boca, no tengas miedo, es como si compraran caballos, hay que revisarlos porque si no la venta es engañosa; a lo mejor te quitan el morralito, dame lo que quieras que te cuide, como yo estoy enlistado nomás me echan el humo y ya; no abras la boca ni los ojos porque ese aire es veneno, yo te espero a la salida. Los tuvieron veinticuatro horas en un edificio blanco, a él le lloraba de ardores la piel, igual que si se hubiera revolcado en la cal de su pueblo, nomás mójate la cara y las manos, no te rasques porque te salen grietas calenturientas. Les dieron carne con papas y vasos de leche, ni la conocía. No durmió. Además de la picazón, a media noche la compuerta de sus vísceras estalló en chorros pestilentes, tuvo mareos y calenturas. Estoico, como su madre, no se quejó, al tío lo despertaron diciéndole que el chamaco estaba en el excusado con la cabeza entre las patas. Lo llevó a la enfermería, le dieron un líquido blanco igual que la leche pero con sabor a polvareda. Como quiera no durmió. A medio día de nuevo les dieron carne con papas y un bebedizo de hierbas que sí le gustó. En la tarde los formaron y les repartieron trozos de jabón, nunca había visto tantos chorros de agua, mójate bien y enjabónate tres veces. Aún cuando así lo hizo, una semana después la piel le seguía ardiendo.

El camión grande que los llevó a la finca –a dos días de camino desde la frontera– era usado comúnmente para transportar marranos. La trabazón de madera que formaba la jaula tenía olor de peste constipada, a él le tocó quedar en medio del

amasijo humano, elástico fue hasta un extremo, junto a una rendija, por ahí vio la maravilla de un verdor constante. Sus ojos oscuros aprendieron cosas mientras las manos, ansiosas, esperaban el momento para hundirse, sedientas, en la tierra jugosa. Llegando al rancho estuvo dos meses cosechando papas, le pagaban por canasto; después un mes en la empacadora. De entre cientos de papas separaba las prietas de las blancas, le pagaban por día. Cuando terminó el trabajo, otro camión los llevó nunca supo a dónde. Ahí subía ligero en una escalera y en cada rama de los arbolitos de durazno, dejaba tres o cinco, depende, los demás los cortaba; le pagaban por árbol. De nuevo acabose el trabajo y en un camión, ahora sentados, los llevaron a una tierra fresca y perfumada llena hasta el infinito de nogales. Los hombres fuertes con una vara larga los apaleaban, él recogía las nueces en cestos, por la tarde y hasta la noche las limpiaba, le pagaban doble; por cesto recogido y por caja limpia. Su tío le regaló un cinturón panza de víbora, lo traía pegado a su piel, dentro guardaba el dinero. Aprendió a contar y supo que diez papeles con un mono equivalían a uno con otro mono y que diez de los del mono pelón a uno del mono con lentes. Él prefería los últimos, no hacían tanto bulto y en el cinto cabían más. En la finca nogalera pasaron todo el invierno. Por días y días barrieron hojas, las metían en un molino y después extendían el desmenuzadero en un campo amplio, cercado en forma de pileta; capa de hojas y capa de tierra, capa de hojas y capa de tierra, así interminablemente, para desesperación de todos menos para él, porque le gustaba trabajar. Cuando estaban en pleno frío algo pasó, no entendía absolutamente nada, pero decían que el dinero no vale o que sí vale. Ajeno a la desbandada general seguía madrugando y con el rastrillo en las manos recorría el campo de nogales. El tío le dijo un día que iba a la ciudad, vente conmigo, él tomó la petición por orden. Caminaron hasta llegar a una carretera amplia, siguieron caminando por la orilla, un desconocido compatriota viose en ellos y los subió a su tartana y no paró de hablar hasta que los dejó. El tío lo llevó a una casa llena de mujeres y hombres que fumaban y bailaban. Después de un rato, voy a echar una mirada, ahí espérame. El tío siguió miando cada media hora hasta que yo también tengo

ganas y lo acompañó, entonces se dio cuenta que el miar no era tirarla sino tomarla. Al final del mingitorio su tío tocó dos veces, una madera corrió y salieron dos vasitos llenos de líquido amarillento, era aguardiente; ten para que vayas aprendiendo, los meros de arriba no quieren que la gente tome, pusieron ley seca, pero si para todo hay modo, conti'más pa' la tomada. Le hubiera gustado no hacerlo, no por nada, nomás porque aquello raspaba, pero el tío insistía y no en balde era su tío. Cuatro veces recorrió en conciencia el camino al excusado, después no me acuerdo nada, señor. Los hombres que hablaban como chocar de cuchillos le hacían preguntas, a ratitos entendía, pero de verdad no me acuerdo nada, señor. Eran gentes del orden, uno que hacía el aseo se lo dijo, también le dijo que habían encerrado a todos los que pescaron, porque muchos corrieron. Quiso saber del tío pero nadie le entendió. Cuando le preguntaron qué traía en el cinto, él les enseñó las manos y los hombres leyeron en su mirada la honradez y trataron de explicarle que nada malo le pasaría. Lo mandaron a una escuela-taller para corregir descarriados. El trabajo de nuevo se impuso y en un año aprendió el oficio de la madera rústica y la forma de hablar un poco con la lengua arrugada. No perdía la esperanza de ver llegar al tío. Un día le dijeron que ya era útil y le empezaron a buscar trabajo. Lo contrataron por carta, un hombre que vivía muy lejos y que envió el dinero para el pasaje. Dejó un recado para el hermano de su madre. Jamás nadie lo reclamó.

Era un aserradero, minúsculo, comparado al enorme boscaje que lo rodeaba. Nada más llegó y sin que nadie se lo pidiera en lugar de esperar sentado como tantos otros, recogió las virutas y cortezas desperdigadas en el claro que había frente al taller, después acomodó unos toneles que estaban al fondo, mientras lo hacía, parece que eres bueno, muchacho; nos vamos a entender. Comprendió poco, pero por el tono y la sonrisa supo que era bienvenido. Al mes había desplazado en la confianza del patrón a tres paisanos. Al año era el mayordomo de los que hablaban su lengua. El patrón lo llevó al banco, le explicó lo mejor que pudo que ahí le pagaban por tener su dinero, él entendió y frente a los ojos del

descreído gerente desgarró su cinto retacado de cuatro años de trabajo, bonita cantidad muchacho. El nombre de su madre se estampó como beneficiaria, viviente en un pueblo de cal, alumbre y silencio, más allá del río gordo, en una arruga del desierto yunque de sol, donde hablaban su lengua y ella lo esperaba.

Pasaron tres otoños más mientras su cuenta bancaria seguía creciendo. Un mediodía soleado, los hombres blancos quejábanse del calor, el dueño rubio del aserradero comía elote desgranado, pasta de papas y carne frita; patrón, patrón, se rodaron los troncos en el depósito. Alarma y grito y sonar de triángulo metálico. No pudieron hacer nada. El mayordomo de más allá del río gordo, el que era trabajo, confianza y tranquilidad, chorreaba despanzurrado su limpia sangre entre los troncos que olían a bueno y a poderoso.

Doce veces multiplicó el patrón la cantidad que el chico muerto tenía en el banco. Su nombre y el de su madre fueron inscritos en las tupidas listas que colgaban en las oficinas de las fronteras, al sur. Muchos años ahí estuvieron. Era un hecho que los tales listados nadie los leía.

Mediado el siglo el banco cercano el aserradero fue absorbido por una poderosa cadena bancaria. Los auditores que llegaron encontraron el depósito de hacía veinte años triplicado. La beneficiaria no había hecho el reclamo, los intereses pagados a la cantidad original a su vez ganaban intereses. Así año tras año. Si la suma fue en un principio respetable, ahora era un considerable capital. Consultaron al viejo maderero, les contó de las pesquisas hechas los primeros años, todas sin resultados, autorizó a pagar con los intereses acumulados una investigación formal para dar con la única dueña del capital.

La cadena bancaria contrató los servicios de una oficina de investigación especializada en localización de bienes y personas. El investigador que llegó al aserradero encontró muy pocos datos, básicamente se concretaban a las líneas

escritas hacía veinticuatro años en el contrato de beneficio; fulana de tal de un pueblo calero más allá del río gordo. No había otro camino que estar lo más próximo posible al desierto mencionado, ya desde ahí, en alguna forma, concretizar la pesquisa.

Fue contratado por el extranjero para recorrer los pueblos del desierto, no importa el tiempo que te lleves, para buscar a una mujer que quizás ya estaba muerta. Para mí es lo de menos que viva o no, lo que necesito es un testimonio, me pagan lo mismo, cómo quisiera encontrarla, ya estoy de polvo hasta el hígado, sólo me falta cagar espumarajos y serpientes.

No debía ser, pero era. El erial baldío de su espera se le estaba volviendo hediondez, cochambre de amargura pegado en lo más profundo. Al principio no fue así, no sabía ni cómo ni en qué momento su hijo volvería, pero en las mañanas sosegadas, cuando en el silencio de la resolana sofocante sólo traía en el laberinto de su oreja el zumbido de su propia vida, sentía en el fondo del alma brisa de noche de luna y el calorcillo extraño del que espera con esperanza. Fue después, quizá después que enterró al último, entonces las madrugadas empezaron a saberle a hiel y las noches a desolación. El trabajo nunca le faltó, como una maldición tenía que descoyuntarse el lomo rompiendo el campo yermo de su labranza. Tuvo más tierras, todas las abandonadas, iguales de pobres y chamuscadas como la de ella. Cuando vino su hermano le dijo que quemara los yerbajos y lo más que pudiera de maleza sobre los surcos, porque la ceniza era buena para el cultivo. Varias veces lo hizo hasta que se dio cuenta que servía más para las calabazas, desde entonces sólo en ellas lo usaba. También tuvo más agua, pudo elegir el pozo más dulce. Aparte de saborearlo tanteaba la delgadez del líquido usándolo para hervir frijoles, entre más pronto estuvieran suaves, más buena y mejor era el agua. En la medida en que los vecinos se iban, o se morían, fue convirtiéndose en guardiana de sus bienes. Se hizo de más platos, más cazuelas y más trapos. De los diferentes jacales abandonados fue tomando lo que

estuviera mejor, trozos de fierro, troncos, pedazos de lámina, una que otra tabla. Día con día durante años estuvo cargando, arrastrando, girando empeños e ilusiones. A su jacal le agregó un amplio techo tejido de albarda y fibra de maguey, ahí puso la conejera; al lado sur, la parte más fresca, construyó el gallinero, lo techó. De los dos pollitos originales ahora tenía diez gallinas ponedoras y dos gallos, cada tres semanas mataba un pollo y a excepción del tiempo que las aves se llenaron de gorupos, siempre tuvo huevos para comer. Recién se fue su hijo su faena aumentó, terminaba el día agotada, extenuada de sol y viento, la noche fue su refugio; tan afanada estaba que nada más cerraba la obscuridad se dormía, sin pensar en su espera, sin maltratarse el corazón con suposiciones.

Sólo habían quedado los viejos, los de rostro de arenisca y cabellos polvosos de cal. Seguros todos que ahí morirían y que nada ni nadie los sacaría del candente perol de cinabrio en que vivían, empezaron, formando una sombría hermandad, a cavar sus propias tumbas. Consunción de sol de tarde y sombras largas de vejetes chamuscados. Terminadas las labores del sustento, dos y tres se acompañaban, resueltos en su faena abrían las mil capas calcáreas y duras que formaban el entresuelo de la minúscula parcela en la loma de la muerte. Entre raíces retorcidas y matorrales cenicientos destapaban palmo a palmo el resumidero de sus esperanzas. Pinche tierra pinche que nunca les dio dulzura alguna. Potra salvaje y endemoniada que la caricia pagábala con escupitajos de cardos y espinas lacerantes. Maldita de maldición entera, rotunda, como los mediodías de fuego tatemante que los envolvía día con día. Ninguno conoció jamás el regalo de una fruta fresca, ni la opulencia de tener agua para sumergirse y envolverse entre sus pálidas ondas. Ninguno pensó jamás que esas cosas existieran.

Durante dos lustros los agujeros en la tierra amarilla no se usaron, quedáronse así abiertos al calor. Después las muertes se sucedieron y en un año enterraron a tres; de ahí en adelante, en la oquedad obscura de los jacales del poblucho, los

ojos tristes de mirar inmovible aguardaban la tétrica visita de tiempo atrás esperada. Sólo ella se reveló al designio y destino bebible en los gestos de sus vecinos. Cavó su tumba porque todos lo hicieron, pero mientras sacaba pedruscos juró por ella misma y por sus años de soledad que jamás la usaría. Porque tendría fuerza para esperar a su hijo, aunque tuviera que hacer barbaridades, no le importaba con tal de llegar a verlo. De niña le dijeron que los indios viejos alargaban su vida comiéndose, aún caliente, el vientre fecundo de animales hembra, pues hasta eso haré, cuando adivine el pajarote cerca me como el vientre de mis conejas, aunque sienta que se abren en canal, aunque sienta sus animalitos moviéndose en mi boca y llore por dentro, he de vivir para verlo venir, de por allá por donde pasa el tren, vendrá cargado de chamacos y me llevará con él; porque no quiero morir sola...

La energía estuvo en ella hasta muchísimo después, cuando sólo quedaron dos y el otro la espiaba para ver cual ya no se levantaba. Afianzada en su convicción y espera, estaba segura que tendría que arrastrar hasta el cerrito al vecino aquel de toda su vida. Así fue. Un anochecer extrañó la lucecita temblorosa que denunciaba la presencia del otro, se percató entonces que toda la tarde había oído alboroto de gallinas hambrientas, de pronto le faltó el aire, sintió el cascabeleo de la muerte fría y las piernas clavadas en el centro de su congoja. Lo encontró tieso, con un hilo de sanguaza saliéndole por la boca y una lagartija grande chupándole los ojos. Hizo una cama india y en la mañana lo arrastró hasta la loma del olvido. Regresó pedregosa, con los dientes de arena y sus ilusiones casi incineradas.

El paso del tiempo se le hizo obsesión, lo medía por el desplume de las gallinas y la floración de las nopaleras. Cada noche se sentaba en el patio con un amasijo de trapos entre los brazos, lo apretaba fuerte y hablaba en voz alta. El sueño era un visitante cada vez más incumplido, aún cuando trabajara mucho, pasaba las noches viendo las estrellas o imaginando a los hijos de su hijo.

Desde que venía muy lejos lo vio, un puntito apenas en la monotonía desértica. Estaba sacando agua, las sombras largas comenzaban a lamer el suelo y el aire de horno de la palangana incandescente comenzaba también su diario deambular. Se le abrió el pecho de emoción y sintió el canal de entre sus senos reventársele de palpitations. Con temblor de músculo conmovido corrió para recibirlo, sin el trapo en la cabeza, con risa de loca y sorda de agitación. Iba llorando, hirviéndole los ojos, pisando entre pedruscos y sin sentir las mil espinas arañantes; viene mi chamaco, viene mi chamaco; hormiguero asustado eran sus pelos y toda su piel y la insufrible cerrazón de garganta y la pierna abriendo brecha entre el matorral y las caderas sanjando las puntas largas, luminosas, del maguey.

Ojos suyos acostumbrados al mirar distante, desde antes que el visitante atrofiado del sol pudiese tan siquiera ver algo distinto en el horizonte de sombras arrastrantes, ella lo precisó en sus recuerdos y un calambre con sabor a fierro la estampó, hierática, contra la lejanía cobalto de por donde empieza la noche. Regresó lo andado lenta, muy lentamente, sacó brasas del hogar y encendió frente a su patio una pira grande de ramazones de candelilla, para que el forastero tuviera guía, para que su ciclo de sed por fin descansara.

No me llamo así, ni la conozco, por aquí no queda nadie, años hace que vivo sola con mis conejos y las gallinas; si hubiera alguien se lo diría, pero por aquí no queda nadie... Asombro y lástima en la cara del visitante. Llegó insolado, con las comisuras de los labios blancas, la frente enrojecida y las manos resquebrajadas como tierra de sequía. Concedora del suplicio de la sed y del martirio de los que por andar bajo aquel sol se lo tragaron entero, de rato en rato le dio bucaritos de agua con sabor a sal, para así apagarle, poco a poco, el fuego de sus adentros. Remojó trozos limpios de trapos viejos y se los colocó en los antebrazos, en la frente y en la planta de los pies. No lo dejó hablar ni moverse. Le siguió dando agua hasta que el hombre le dijo que ya no podía beber más si antes no tiraba la

que traía dentro, lo dejó que fuera diciendo que ya podía moverse y hablar, porque la hoguera de antes ya era ceniza.

Por primera vez en tantísimo años preparó cena caliente, estando sola la comida se le emponzoñaba en la cazuela, se le volvía vinagre y burbujas entre el calor atosigante. El hombre le habló de un trabajador muerto a los veinticuatro años, de una fortuna dejada a la madre, hacía de eso más de veinte años, por eso tenía que encontrarla; si en un tiempo vivió ya no existe, ha de estar muerta y reseca, con los huesos de salitre; por aquí no queda nadie, desde hace mucho todos murieron, por aquí no queda nadie.

Después de la cena el hombre se durmió, ella se quedó viéndolo vacía de sus entrañas. Liberó a los conejos, distribuyó las gallinas entre los perfiles cenicientos, derruidos, del abandonado pueblo calero. Hizo un bártulo con maíz cocido y quebrado, galletas de frijol con miel, un barrilito de madera con agua y un puño de sal de la tierra. Cuando el sol temprano iluminaba quedo el hombre se fue, ella le dio el envoltorio con alimentos, unos vetustos lentes de vidrio oscuro y, envuelta cuidadosamente en una tela immaculada, una antigua botella verde.

Con el dolor de los años anudándole cada coyuntura, fue resbalándose hasta quedar sentada. Tantos años de estar ahí, respirando fuego, chupando el agua empinada al suelo, cuidando su tierra yerma...

Junto a las vías del tren, una esmeralda botella verde fue rota en mil pedazos, y en el piñón maldito de albayalde y cal, escondido en una arruga del desierto, una mujer se dejó morir, de frente al espejo reverberante de los arenales de sol, de frente al calor que le acartonó la piel y le cristalizó los ojos, seca por dentro y por fuera.